

## Miedo al Inconsciente

Elizabeth Barral

El tema que nos convoca surgió a partir del dicho de un compañero nuestro, integrante de Lacantera, que definió a la Ética como: no tenerle miedo al inconsciente. La Ética apunta a lo Real<sup>1</sup>, entonces tendremos que mostrar en qué sentido el inconsciente hincó su diente ahí.

Esto apunta en primer lugar a los analistas, tema del que se ocupa Nely, que distingue miedo al Inconsciente y horror al Acto analítico. Vamos a decir algunas cosas sobre el miedo y el horror, incluimos también, la angustia –afecto bisagra entre ambos. Entre el miedo y el horror, la angustia. Ahora en términos generales, ¿quién le teme al inconsciente? como versa uno de los encuentros de nuestro ciclo. Se podría decir, si no se le teme es porque se lo desestima, es lo que hacen nuestros analizantes en sus comienzos de análisis.

Para comenzar a decir algunas cosas sobre el tema que nos convoca, voy a partir de una anécdota que cuenta una analizante. La cuenta en el transcurso de su análisis pero había sucedido muchos años antes.

Ella era responsable en un departamento de educación inicial, -jardines- y va a una reunión con la autoridad máxima de esa área, la directora, que se llama Susana Marte. Es una persona un tanto rígida acorde al cargo que ocupa, y en su campo las cosas deben ser de tal modo, de acuerdo a las normas de la educación. La paciente durante toda la reunión la llama Marta, Marta de aquí, Marta de allá. Al finalizar la reunión, la directora -conforme con lo que se ha producido en la misma-, le dice, todo muy bien, Julia, pero no me llamo Marta, me llamo Susana. Ah claro, le dice la paciente un tanto ruborizada, es que me confundí Marta con Marte. Primer equívoco. Marta y Marte consueñan, pero una letra de diferencia conmueve a la autoridad máxima.

Va a una siguiente reunión y en el camino recuerda el episodio de la reunión anterior, entonces, cual obsesivo que conjura el posible equívoco se va diciendo “se llama Susana, se llama Susana, se llama Susana”. Llega a la reunión y le dice: Marta, le prometo que hoy no le voy a decir Susana.

A pesar de mi lugar como analista, o tal vez a causa de eso, no pude evitar soltar una carcajada de risa, la paciente me dice vos te reís pero yo no sabía donde meterme. Ella había contado este relato a cuento de que se venía dando cuenta que disfrutaba de las cosas que conmovían, que la sorprendían, y que disfrutaba mucho de reír. La risa, signo del desacomode, de la conmoción que produce el equívoco, signo inequívoco del goce de la equivocación. En este resulta turbada por el equívoco, había hecho temblar algo del campo de la educación al no obedecer el pedido de su directora, al no haber podido educar a su inconsciente, por mucho conjuro que intentó. El inconsciente no se educa. Y no obedece la dirección o el sentido que se le impuso, me llamo Susana. *Eso*, lo inconsciente va en otra dirección. Recordemos que sentido es tanto aquello que las palabras “quieren decir”, como dirección u orientación. Lo que las palabras quieren decir, que curioso, no? que las palabras quieran, se les otorga un deseo, ellas quieren decir, pero a veces ese querer es interpuesto por Otro deseo, Otra cosa quiere más allá de las intenciones.

---

<sup>1</sup> El real que nos convoca a los analistas y analizantes, no es el real de la ciencia, sino el real del goce, de ese goce que suple el “no hay relación sexual”.

¿Este episodio es un chiste? Cada vez que el mismo es relatado provoca risa, sin embargo en el momento que se produce, la risa no pasa al Otro, detalle que define a un chiste. Falta la sanción del Otro como chiste, ¿es la risa esa sanción?

¿Es un equívoco? Si, surge de la homofonía Marta- Marte. Ese pequeño desliz que con tan poco, una letra apenas, un sonido o fonema, hace temblar los cimientos de la educación. El inconsciente, ese incorregible. Por más previsión y conjuro, no pudo no ser incautada por el tropiezo del inconsciente. Incautos de lo real, se podrá decir.

El sentimiento que experimenta, podría calificarse de embarazo, atravesada por la barra, su propio tropiezo la pone en una situación embarazosa, donde ya no sabe detrás de qué esconderse. Atravesada por la barra, dividida entre su intención y su acto.

Observamos en este episodio que la prevención que había intentado realizar la paciente se debía al miedo. El miedo es un afecto que aparece cuando se ha tomado contacto con algo, se le teme a aquello que puede volver a repetir algo experimentado. Es decir que, jugando un poco se puede decir que el miedo “sabe”. Es importante estar atentos a las manifestaciones del miedo, tal como la angustia -que es nuestra guía-, el miedo también señala una dirección y valga la paradoja de la palabra cuando el equívoco de la paciente es en relación a la dirección dada por la directora. Notemos además que la palabra directora contiene rectora. Ya lo había planteado Freud, acerca del objeto fobígeno, al enunciar las conexiones entre el miedo y el deseo, se le teme a aquello que se desea.

Hablar del inconsciente o de lo inconsciente es más o menos como hablar del psicoanálisis mismo. Pero vamos a tomar algunos sesgos que creemos son los que señalan la “dirección” de la cura.

Algunas diferenciaciones más sobre estos afectos en juego, cuando se trata de lo inconsciente.

Habíamos mencionado miedo-angustia y horror.

Dichos así podrían estar indicando una dirección, el miedo: el afecto preventivo, anticipatorio de algo que puede suceder. La angustia es el afecto que da cuenta que se ha tomado contacto con algo, que se ha tocado un punto de certeza, recordemos que la angustia es un afecto que no engaña. El horror es cuando se ha atravesado una barrera, la barrera del pudor, es el encuentro sin velo con la castración. Es, diríamos, el afecto que da cuenta que se ha ido más allá de la angustia de castración. La angustia es un afecto bisagra, puede hacer retroceder a un sujeto en su acto o puede ser la certeza de la dirección de su acto.

En el seminario 7 Lacan dice así: “Lo desconocido temible, más allá de la raya, es lo que en el hombre llamamos el inconsciente.”

Interesante la resonancia con nuestro título, ese desconocido que está más allá, el inconsciente. El inconsciente, ¿más allá de qué? No vamos a decir simplemente, más allá de la conciencia, nos quedamos cortos con eso. ¿Más allá del principio del placer, parafraseando a Freud? ¿Más allá de las barreras al goce? Siempre que hablamos de más allá tenemos que preguntarnos más allá de qué, qué constituye esa raya.

Dice Lacan: El miedo es una protección contra algo que está más allá y que es precisamente lo que no sabemos. Antes habíamos dicho que el miedo “algo sabe”, podríamos avanzar un poco más y decir, sabe sobre eso que no sabemos.

Lacan, en un comentario sobre un cuento de Chejov, que se llama El horror, hace una distinción entre el miedo y la angustia, dice que el miedo es ante lo desconocido que se le presenta, algo que no tiene explicación ni determinismo, que no sabe de dónde viene ni a dónde va, -en el cuento-, pero el rasgo que lo diferencia de la angustia, es que no

hay nada que lo amenace al sujeto, no está implicado, no se siente acorralado, ni afectado en lo más íntimo de sí. Es decir que la angustia, a diferencia del miedo -afecto preventivo-, es algo que toma íntimamente al sujeto, lo implica, lo involucra. La angustia emerge, toma al sujeto sin que éste ya pueda hacer algo. Es más difícil darle un foco, invade, sobreviene. El miedo, en cambio, focaliza. En la angustia el sujeto puede no saber lo que le pasa, pero se siente íntimamente convocado, comprometido.

De todos los afectos, la angustia es la que no engaña. Porque conecta o es señal de lo irreductible de lo real. Entonces qué, de esto, nos trae el miedo al inconsciente, qué de ese real conecta con el miedo. Ya dijimos sabe, ¿de lo que no se sabe y no se puede saber?

El horror es el afecto más ligado a estar frente a “eso” que no se puede saber, al agujero del saber, ante lo incognoscible, lo irrepresentable. El horror es ante la castración, la angustia, ya lo sabemos desde Freud es de castración, entonces? Diremos que el horror es cuando se ha atravesado la barrera del pudor, barrera ante lo real, velo y revelo (de revelar, oculta pero señala) de aquél. Lacan plantea al pudor como una barrera ante el saber inconsciente.<sup>2</sup>

Lacan habla del horror al saber. Ir más allá del límite de la castración. Vincula el horror al saber. ¿Qué saber? Habla del horror frío del discurso analítico, horror del saber inconsciente, aquel que implica el traumatismo, invención al estilo inconsciente que yuxtapone trou –agujero- con trauma, el traumatismo del agujero. Ese agujero Lacan lo nombra: no hay relación sexual, pero ya Freud se había confrontado con el agujero en el centro del inconsciente: sexualidad y muerte.

(Horror vacuis, se dice, frente al vacío.)

Y plantea, Lacan, que el analizante al final del análisis debe atravesar el horror al saber, el horror propio al saber, En “Nota Italiana” dice, con respecto al analista y su formación, que para ocupar su lugar “debe haber cernido la causa de su horror, del propio, el suyo, separado del de todos, horror al saber.”<sup>3</sup>

Notemos que podríamos marcar la dirección de la cura siguiendo la línea de estos tres afectos, el último de los cuales convoca a lo más propio, ya anticipado en la angustia, el horror a saber sobre ese goce propio, único, singular, que es el modo en que cada uno goza con la castración, el modo en que cada quien se las arregla con el “no hay relación” (sexual, significante/significado, etc.). Al quedar vinculado el horror al atravesamiento de la barrera del pudor podemos advertir que allí está en juego el cuerpo, si hay pudor hay cuerpo, y no hay goce sin cuerpo. Aunque Lacan dice que el goce fálico está fuera de cuerpo, es el que da consistencia al cuerpo imaginario, tal vez porque asegura un modo de relación a la falta. Esto puede darnos la pista de que ese horror sea lo que va más allá del goce fálico.

Pasemos a marcar algunos rasgos de lo inconsciente que serán nuestra guía, nuestro faro en la dirección de la cura.

Si partimos del aforismo lacaniano, “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”, la referencia al significante y sus leyes está en primer lugar. Sin embargo,

---

<sup>2</sup> “la omisión de esa barrera que impide la experiencia directa de aquello que se encuentra en el centro de la unión sexual, está en el origen de toda suerte de preguntas que no se han contestado, incluida en particular, la cuestión de la sexualidad femenina”. Seminario 7.

<sup>3</sup> J. Lacan. Nota italiana. En Otros escritos. Ed. Paidós

Lacan no habló de la instancia del significante en el inconsciente sino de la instancia de la letra en él. Tampoco habló del inconsciente como instancia, tal como lo hizo Freud, sino que la instancia es de la letra. Instancia e insistencia de la letra en el inconsciente, instancia e insistencia, cierta homofonía en juego nos acerca ambas nociones.

Si bien Lacan nunca abandonó ese aforismo, fue produciendo torsiones en su enseñanza que viraron del lenguaje a la lengua y de la primacía del significante a la letra. La lengua es justamente esa lengua propia de cada quien que marca el cuerpo en su singularidad, no estamos en el terreno de la estructura del lenguaje sino en los modos en que esa lengua, propia, singular, recorta y configura el cuerpo del goce.

No ubicar al inconsciente como instancia implica no poner en serie ni hacer estratificaciones de consciente e inconsciente. Si Lacan en algún momento de su enseñanza nominó de otro modo el inconsciente freudiano, fue por considerar que ese nombre identifica lo inconsciente -lo que conocemos como inconsciente- con la inconsciencia, es decir lo no consciente, y el inconsciente no se define por ser no consciente o no sabido. La palabra alemana unbewusste, deriva de saber, es el participio del verbo wissen -saber- en alemán. Lacan lo rebautizará l'un bevue, donde se destaca el rasgo de equívoco, de equivocación que conlleva lo inconsciente. El inconsciente no es simplemente por ser no sabido. Hace un pasaje del saber no sabido -así había caracterizado al inconsciente- a lo insabido que sabe de la una equivocación. Hay aquí también una torsión en relación al saber<sup>4</sup>. Cuando Lacan habla de horror al saber plantea que no es el deseo lo que preside el saber sino el horror. El deseo de saber es el deseo del Otro<sup>5</sup>, y el horror tal vez sea ir más allá de ese deseo. Lo que hay es amor al saber, en eso consiste la transferencia.

Hay dos preguntas que el sujeto busca en el campo del saber, qué soy y qué quiero, ninguna de ellas puede ser respondida en ese campo, más bien es lo que se desprende de ese campo lo que dará alguna pista sobre ellas. ¿Qué soy y qué quiero?, para no quedar coagulado en las identificaciones -qué soy-, un sujeto irá encontrando, no su ser, sino su goce, el que dará respuesta al qué quiero, no porque se sepa qué se quiere, sino porque se asume con qué se goza.

Y en esto el inconsciente irá dando las pistas. Un sujeto que hace su entrada en análisis, buscará en el saber, su verdad, eso es la transferencia. “Quiero saber qué me pasa”, nos dicen. Con lo que se irá encontrando es que esas preguntas, más que hallar respuesta en el saber, lo confrontarán con su goce. Y en eso la letra, la instancia e insistencia de la letra en el inconsciente, marcará el camino. Letra, litoral entre saber y goce. La letra es la que horada el saber y va dibujando ese borde que circunscribe el agujero en el saber. Trabajar con la letra en las manifestaciones del inconsciente es lo que produce otra cosa que saber<sup>6</sup>. Se puede saber lo que a uno le pasa, se puede incluso saber porqué, pero eso no cambia mucho si el sujeto no empieza a asumir *eso* que lo convoca y a lo que no se accede por el saber sino por lo que experimenta. De ahí podrá surgir el “saber-hacer-con” que es algo muy distinto, otra cosa que el saber en tanto articulación significativa.

Otro punto, Lacan desbarata la idea de lo inconsciente como lo oculto. No hay nada en común entre el inconsciente y lo oculto. Lo que no tiene que ver con la forma del

---

<sup>4</sup> El único saber sigue siendo el saber de las lenguas, dice Lacan en el seminario 24

<sup>5</sup> Dice Lacan en el seminario 21. Se puede leer ahí lo que dice sobre la pregunta de los niños: “por qué”, lo que dice acerca de la anorexia y la histérica que se identifica con ese deseo del Otro.

<sup>6</sup> Nely presenta varios testimonios en esta charla.

discurso, no está oculto, escondido, está en otra parte. No hay nada oculto, ni está por debajo, ya dado, guardado en las profundidades. Es en la superficie discursiva donde acontece, en sus quiebres, tropiezos, etc.

Lo inconsciente acontece, cada vez, una por una cada equivocación, se produce, abre en el discurso otra dimensión, no oculta sino extraña, extranjera al discurso común. Es como otra lengua en la lengua. EL saber inconsciente insiste desde afuera y es perturbador<sup>7</sup>, por eso es del orden de la ex-sistencia. Disarmónico entre el pensamiento y el mundo, se sitúa, según Freud, “entre” percepción y conciencia. Lugar de la hiancia. El inconsciente tiene estructura de hiancia, algo que se abre y abre a otra dimensión, como los sueños. Tiene un carácter disruptivo, de sorpresa.

En una sesión de análisis, si seguimos la pista de los lapsus, otro texto se escribe en lo que se venía diciendo. Se pasa a otra cosa. (Ej. de Eugenia).

Tienen un carácter evanescente, de lo que desaparece. Son esos aconteceres tan del instante que sin embargo mueven tanto. Una letra de diferencia y cambia el curso de lo que se venía diciendo. Se olvida entonces lo que se quería decir, se pierde la intención. Cambian el eje del discurso. Una torsión, un giro.

Esta otra dimensión, dimensión de extranjería, es ante ella que se antepone el miedo. Esa especie de lengua “otra” que nos exogamia, nos saca de lo familiar, nos desacomoda, y sacude los saberes concebidos. Este rasgo de ex -tranjería, ex sistencia del inconsciente nos conecta con lo ex timo, con la experiencia de lo más íntimo en ese ex-terior. Lo íntimo como lo más ajeno.

Esta otredad que ponen en juego las manifestaciones del inconsciente, ahí es “otro” el que habla en nosotros, ese extraño, otra lengua también, la lengua del inconsciente con sus leyes propias, como el lenguaje de los sueños.

La lengua es bífida, como la de la serpiente -que introdujo el pecado original-, ese otro modo de decir, ese doblez, se presentifica en esta ajenidad de la lengua consigo misma. Es al menos dos, la lengua y lalangue.

Habíamos dicho instancia de la letra e insistencia de la letra en el inconsciente.

Destaquemos que los rasgos que ponemos de relieve en los acontecimientos del inconsciente son instancia e insistencia de la letra, por tanto repetición; y equivocación.

La repetición es índice de una verdad del sujeto. Freud sitúa la certeza en la repetición, nosotros también. Insistencia, repetición, eso que retorna, estemos atentos al ritornelo cuando resuena en nuestros oídos, recordemos que lo real es lo que vuelve siempre al mismo lugar, si queremos dar con algo de ello, debemos seguirle el rastro en sus machaques.

Instancia de la letra, no se trata solamente de alguna letra en particular sino de ese trabajo que va desde escuchar al “pie de la letra”, equivocarse lo que resuena, jugar con ellas, anagramatizar, dejarnos incautar por lalangue de quien habla, etc. Una paciente que es brasilera y vino a vivir a la Argentina, para poder separarse de su madre, separándose de su lengua materna, tiene un sueño. El sueño se produce en el contexto de estar pensando, luego de 10 años, en volver a Brasil. Sueña con su abuela, que la abraza, la abraza tan fuerte que la empieza a apretar, se ríe, largame, le dice, me estás ahogando y se despierta con ese abrazo. Cuando le pido asociación con apretar más y más, dice no se si asocio a volver a Brasil, los brasileros son bastante intensos. Abrazo abrasil, le digo. Dice, ¿y si me voy a la mierda? Si vuelvo no tiene porque ser la misma relación de antes que me escapé de la relación con mi vieja.

---

<sup>7</sup> Lacan, *Les non dupes errent*. Inédito

Lo llamativo de esta interpretación es que al leer abrazo como abrasil, encuentra certeza en el pensamiento que le venía dando vueltas.

Equivocación y fracaso. Lo que se dice a partir del inconsciente participa del equívoco. Hacen fracasar la intencionalidad del discurso. ¿A qué se le tiene miedo? Pregunten y verán, a equivocarse, a fracasar.

Detengámonos en los sueños, las agudezas, los lapsus y los chistes, en todos veremos el equívoco y el fracaso como rasgos de su proceder. ¿Qué es lo que impresiona de entrada en ellos? El aspecto de tropiezo bajo el cual se presentan.

Hemos dado apenas unas pinceladas sobre lo inconsciente, pero al marcar la repetición como aquello que vuelve siempre al mismo lugar, queremos destacar que el análisis se sitúa como un largo recorrido que va cerniendo (cernir-discernir) y circunscribiendo (resuena ahí algo de escribiendo) ese lugar, real del sujeto, donde se asienta su goce más propio.

Por último, una imagen, que nos entrega Saer en su libro: El Entenado, una hermosa descripción de un eclipse de luna llena, en el que esa luz inusual de sorprendente luminosidad va a mostrarnos, dice, nuestra condición verdadera. En el punto que alcanza su máxima intensidad se empieza a velar hasta convertir todo en “*noche pura*”. Al borrarse la luna corrobora la convicción antigua que los indios manifestaban en sus actos. Ellos mismos iban confundiéndose con esa negrura. La luna a la que la costumbre podría hacernos creer imperecedera, mostraba su faz de desaparición.

Y para hacernos palpar el sabor de la experiencia, dice el narrador, que por venir de los puertos en los que los hombres dependen del cielo, él sabía lo que era un eclipse. “*Pero saber no basta. El único justo es el saber que reconoce que sabemos únicamente lo que condesciende a mostrarse*” Saer